ejemplar mas acabados de la ley santa que enseñó; y este nuevo Sabio, el mas Justo de todos los hombres, anunciado por tantos siglos, designado por tantos oráculos, probado con tantos sufrimientos; tan poderoso en obras y palabras, tan fiel en sus promesas: este Sabio que manda á toda la naturaleza, haciéndola servir, segun su voluntad, al cumplimiento de sus vaticinios: este Legislador de todas las naciones, que ilustra á todos los pueblos, los santifica por la mas sublime de todas las leyes: este Sabio este Justo, es el mismo Jesucristo á quien adoramos sobre la cruz, y cuyo nombre es alabado y bendito por toda la redondez de la tierra

Articulo II.

De las verdades que Jesucristo nos ha revelado.

Las dos primeras verdades que se presentan al hombre son, la existencia de sí mismo, y la existencia de Dios. Pero ¿quién es este Dios? ¿Qué cosa es el hombre? De la resolucion de estas dos cuestiones depende la regla de las costumbres.

El universo entero publica por todas partes la omnipotencia, la sabiduría, la bondad, la providencia de un primer Sér, bastando abrir los ojos para conocer esta verdad. Tampoco se necesita mas que examinarse á sí mismo para reconocer que dentro de sí obra un sér pensador, cuyas ope

raciones son enteramente distintas de la materia. Basta consultar á la propia conciencia para aprender de ella los primeros principios de la moral, como los deberes generales de la honestidad, justicia, moderacion, humanidad, &c., que la misma nos prescribe y manda. Estas primeras ideas conducen naturalmente al conocimiento de una vida futura; en la que un Dios infinitamente justo, ha de ejercer sobre los buenos y sobre los malos la justicia, que parece como en suspenso, durante esta vida presente; y de aquí es fácil concluir que con la muerte no acaba todo lo que es el hombre. Mas la razon no pasa de aquí; y cuantas veces han pretendido pasar mas adelante los filósofos, cada paso ha sido marcado con una nueva caida, con un estravío mayor.

Pues como carecian de toda idea de los séres espirituales, cuando han querido comprender la naturaleza de Dios, no supieron hacerlo de otro modo que figurándose una sustancia corpórea, colocándola unas veces en los elementos, y otras en los astros Algunos le consideraban como una alma unida á todos los séres del universo, y casi todos le atribuian figura humana. En fin, la imajinacion, que por todas partes creia ver dioses, no supo hallar en ninguna al verdadero Dios.

Por la misma razon, siempre que el hombre ha deseado formarse una idea de este sér viviente

que piensa dentro de sí mismo, nunca pudo imajinarse otra cosa que una materia sutil dotada de vida. ¿Pero esta materia sutil seria mas indisoluble que el cuerpo que ella anima? ¿Cómo evitaria su propia muerte destruyéndose el cuerpo? De esta dificultad nacia el considerar como unos meros problemas el premio y castigo de la vida futura, y de que el hombre fuese para sí mismo el enigma mas difícil de esplicar de cuanto existe en la naturaleza.

Dado en falso el primer paso, el filósofo avanza cada vez mas en el estravío de la moral. En vez de atemperarse á los principios que sobre las cos tumbres le indicaba la razon, pretendia analizar el corazon humano; y tomando, por consiguiente, sus desarregladas inclinaciones como ley de la naturaleza, procuró amalgamarlas con los principios de su conciencia; y de aquí, midiendo la estension de sus deberes, segun sus propias fuerzas, porque ignoraba los auxilios de la gracia, buscó en su orgullosa vanidad las fuerzas que le faltaban de parte de la naturaleza para aspirar á las grandes virtudes que su propia conciencia le daba á conocer, y colocar, por decirlo así, su moral al nivel de la condicion humana; y véase aquí el orígen de tantos sistemas absurdos, que no pueden mirarse sino como un ultraje á la Ley natural, los

cuales sirvieron muchas veces para tributar al crímen los homenajes debidos á la virtud.

Mas tan luego como se dejó ver sobre la tierra el Sol de justicia, se disiparon todas las nubes: una sola palabra salida de los labios de Jesucristo bastó para darnos á conocer la naturaleza del Supremo Sér: esto es: *Yo soy la verdad* [1].

Pero ¿qué cosa es esta *verdad*? Cuanto mas examino esta idea, tanto mas grande se presenta á mi alma, tanto mas se eleva sobre mi capacidad, tanto mas me admira. Yo sé que la idea de la verdad escluye toda idea de mentira: que la verdad es necesaria: que sin la verdad, la razon, que consiste en el conocimiento de lo verdadero, vendria á ser nada. Conozco que la verdad reside en todas las cosas: porque en todas, y por todos se deja conocer: que la verdad es una, indivisible y perpetua: que existe necesariamente, y que existirá por toda la eternidad, siendo esencialmente la misma en todos tiempos, y hablando el mismo lenguaje á todos los hombres. Mas esta verdad que yo encuentro en todas las cosas, dentro y fuera de mí: esta verdad que yo no puedo negar, me es, sin embargo, imposible definir y comprender: tales son tambien los atributos de este primer Sér, que existe antes de todo tiempo, y ha de existir

1 Joan. 14, 6.

eternamente: el que todo lo ordena, lo gobierna y domina. Y hé aquí cómo este Sér infinito en perfecciones, este Dios único á quien debo adorar, se me manifiesta por sus obras, sin que pueda yo, no obstante, conocerlo jamas perfectamente; pues sus atributos es consiguiente que sean en un todo conformes á la naturaleza en que residen.

La fé viene en seguida á esclarecer esta primera idea con los conocimientos particulares que nos suministra sobre las perfecciones divinas. Dios, nos dice, es un espítitu puro [1], y uno en esencia [2]: todo lo ha criado [3]; nada puede sin él existir, ni puede nada oponerse á su poder [4]. Es el principio de todas las cosas [5], sin que él mismo tenga principio. Todo lo gobierna su Providencia, sin que suceda cosa alguna sin su voluntad [6]. Es veraz en sus palabras, fiel en sus promesas, lleno de bondad y de misericordia para con los hombres [7]. Su inmensidad hinche el universo todo [8]; y estando presente á todas las

1 Joan. 4, 24.
2 Marc. 12, 29. Joan. 17, 3.
3 Rom. 16, 26. Heb. 1, 10.
4 Joan. 1, 3.
5 Ib. ib.
6 Matth. 20, 29, 30.
7 Joan. 3, 15, 16.
8 Matth. 5, 34, 35.

cosas [1], viéndolo todo con su infinita inteligencia, es, sin embargo, invisible á nuestros ojos [2]. Infinitamente santo [3], el solo bueno por esencia [4], Padre único [5], en quien residen, y de quien se derivan todo el amor, y todos los derechos de la paternidad en el cielo y en la tierra [6]: es quien todo lo dirije por su sabiduría [7], quien todo lo manda segun su voluntad [8]. Aborrece á los malos, y tiene todas sus complacencias con los justos [9]; y finalmente, á solo él pertenece el honor, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos [10].

A estas verdades que son accesibles á la razon, y á las que no puede menos de adherirse, añadió otras Jesucristo, que la misma no podia penetrar. Hános enseñado, en efecto, que Dios, siendo uno en esencia, existe en tres personas distintas, que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y estas tres

1 Ib. 6, 4.
2 Joan. 6, 46.—1ª Joan. 4, 12.
3 Apoc. 4, 8. Isai. 6, 3.
4 Matth. 19, 16, 17.
5 Ib. 23, 9.
6 Eph. 3. 15.
7 Matth. 10, 29.
8 Gen. 1, 3.
9 Ps. 33, 16. 17.
10 1ª Tim 1, 17.

personas no son mas que un solo y mismo Dios [2]; pues siendo la Divinidad esencialmente una, debe ser necesariamente la misma en cada una de las tres personas divinas. La segunda persona tomó sin esperimentar mudanza, la naturaleza humana; y por esta union infalible, la naturaleza divina y la naturaleha humana subsisten en una sola persona, que es la del Hijo de Dios, Dios y hombre á un mismo tiempo: union misteriosa y real, á que llamamos *hypostática*, para distinguirla de todo otro género de union, la cual, siendo única en su especie, nada puede haber que se la parezca perfectamente; ni la union de los cuerpos entre sí, que solo consiste en la aproximacion de sus partes; ni la union del alma con el cuerpo, que causa la mutua dependencia de estas dos sustancias, produciendo una sola naturaleza; ni la union tampoco de los santos con Dios, que se obra por la caridad, sin tocar á la diversidad de las personas, subsistentes despues de esta union.

En virtud de esta union incomprensible, convienen á la persona de Jesucristo los atributos y operaciones de las dos naturalezas; por lo cual era á un tiempo pasible é impasible: fué nacido en tiempo, y existente desde la eternidad: Hijo verdadero de Dios, é Hijo verdaderamente del hom-

1 1ª Joan. 5, 7.

bre: de suerte que su Madre santísima, aunque solo sea Madre de la humanidad de Jesucristo, es por esto mismo verdadera *Madre de Dios*.

Es verdad que la razon humana jamas podrá comprender estos misterios; pero tambien lo es que la razon dice á los hombres que Dios, infinitamente superior á la humana inteligencia, dejaria de ser Dios si pudiese ser comprendido; y la misma razon manda creer, cuando habla Dios, que es infalible. Pero aun prescindiendo de esto, ¿no encuentra el hombre dentro de sí mismo una semejanza de estos misterios que no comprende? Las operaciones de su alma, su entendimiento, su voluntad, aunque distintas entre sí, ¿no son una misma cosa con su alma? Esta alma y su cuerpo, aunque tan diversos, ¿no componen una misma persona? Pues si el hombre no puede dudar de estas verdades que le asegura el sentido íntimo, y sin embargo le es imposible conocerlas, ¿podria negar su asenso á las que Dios le ha revelado porque no pueda comprenderlas?

El Hijo de Dios, que como hemos dicho, no se desdeñó de tener por Madre á una muger, no tiene otro Padre que aquel que le engendra desde la eternidad: se sujetó á los sufrimientos y oprobios, como castigo que eran del pecado, por quien vino á satisfacer, sin embargo de que su santidad jamas podia tener el menor contacto con la culpa.

De estas verdades incomprensibles á la razon humana, se desprenden otras, que si bien están á su alcance, nunca las habia conocido perfectamente.

Mis sensaciones, mis pensamientos, mi voluntad, y las demas potencias de mi entendimiento, no pueden ser modificaciones de la materia. Hé aquí, por decirlo así, el primer vislumbre de la razon. Mas habiendo sido ilustrada por la fé, el hombre ve un Sér infinito en perfecciones, espíritu por esencia: conoce que este Sér ha podido criar otros séres espirituales á semejanza suya: concluyendo de aquí, que las operaciones de su alma que parecian incompatibles con la naturaleza de los cuerpos, son efectivamente las modificaciones de una sustancia espiritual, en un todo diferente de la materia.

No es, pues, esta alma una sombra que pasa, ni un vapor que se disipa, ni nada tampoco de cuanto se asemeja á los séres corporales, sino una sustancia noble que se escapa á los sentidos. Lejos de disolverse por la muerte, no haciendo ésta mas que romper los lazos que la aprisionan y sujetan al imperio de los sentidos, al imperio de estos mismos organos que parecian darla vida, consigue su libertad, adquiere toda su energía en la nueva vida que entra, vida propiamente de los espíritus. Despues de esto la inmortalidad de mi alma deja

ya de ser un misterio. Mi razon queda asegurada de la certeza de la vida futura, y de la esperanza de las recompensas; y si por mi cuerpo pertenezco á la clase de las criaturas terrestres, conozco, sin embargo, que las escedo en mucho por la dignidad de una alma que me dió el primer Sér criada á su semejanza.

¿Y no podrá haber todavía sobre mí otras criaturas puramente inteligentes, superiores á la naturaleza humana? La razon nada dice sobre esto; mas Jesucristo me enseña que existen con efecto estas inteligencias sublimes, cuya naturaleza se acerca á la del Sér Supremo á proporcion de sus cualidades eminentes: que de ellos unos son ángeles de pureza, bienaventurados por la vision de Dios, sus embajadores para intimarnos su voluntad, y para ejercer en su nombre, ya sus misericordias, y ya sus venganzas: que debo respetar su presencia, é invocar su proteccion: y otros hay ángeles de malicia y de tinieblas, que habiendo sido condenados á los suplicios eternos en castigo de su soberbia, ponen todo su conato en hacernos desobedientes como á ellos, á fin de que participemos de sus tormentos: que debemos por tanto resistir á sus sujestiones, y estar alerta contra sus engaños.

La oposicion que encuentro entre mis inclinaciones y mi conciencia, no me permite ver con

claridad la regla de mis deberes. Mas esta oposicion se esplica con las luces de la fé; pues Jesucristo nos ha descubierto un pecado de orígen, que habiendo corrompido nuestra naturaleza, pervirtió tambien las inclinaciones de nuestro corazon. Sin embargo, ni la violencia de éstas, ni mi propia debilidad deben desanimarme; pues Jesucristo, que se ofreció en sacrificio por mis pecados, me franqueará sus auxilios para que con ellos pueda yo cumplir la ley que me ha impuesto.

La fé, revelándome estas verdades, descorre un velo, y yo me encuentro con un nuevo órden de cosas: tres diferentes mundos se ofrecen á mi consideracion: el cielo, en que la posesion de Dios hace la bienaventuranza de los justos: los abismos ardiendo, en que los malos son atormentados con los demonios; y el mundo actual, destinado para que en él se formen los escojidos para el cielo.

Percibo ademas en este mundo visible, que se renueva y varía sin cesar bajo las leyes particulares que le dirijen, un otro mundo moral, enteramente espiritual, compuesto de séres inteligentes, alumbrado de otra luz, que es la de la verdad, rejido por otras leyes, que son las de la justicia, movido por otros ajentes, que son, ó las inclinaciones de la naturaleza, ó las inspiraciones de la gracia. El mundo físico, que solo existe para dar lugar á la formacion del mundo moral, dejará de

existir, tan luego como quede cumplido aquel objeto: esto es, luego que el segundo haya adquirido su complemento por la reunion de todos los miembros de Jesucristo, unidos con él como con su gefe en el reino de los cielos (1). El mundo moral, oculto ahora en el corazon del hombre [2], se *acrecentará* [3], se perfeccionará por la operacion secreta de la gracia, hasta el dia en que estando completo el número de los escojidos, se deje ver tal como es para subsistir por toda la eternidad. Entonces, destruido el primer mundo, la *muerte*, despues de haber ejercido su imperio sobre todo lo que debia perecer, perecerá ella misma (4), quedando sin poder sobre un nuevo órden de cosas en que todo ha de ser inmortal.

CAPITULO II.

Primeros preceptos de la Ley evangélica.

Al mismo tiempo que Jesucristo se sirvió enseñarnos verdades muy interesantes sobre la naturaleza de Dios, sobre el destino del hombre, sobre la certeza de una vida futura, que sirven como de

---

1 Eph. 4, 12.
2 Col. 3, 3.
3 Eph. 2, 21, 22.
4 1 Cor. 15, 26.